

Deseo de ser punk

BELÉN GOPEGUI

Anagrama, 2009

187 páginas, 23'90 euros

Si se compara esta nueva obra de Belén Gopegui (Madrid, 1963) con sus novelas anteriores, a partir de *La escala de los mapas* (1992), se advierte una evolución desde la frondosidad compositiva hacia una aparente y casi esquemática sencillez, sin rebajar por ello la profundidad conferida a las historias, sino más bien acentuando lo esencial. Podría decirse que la destreza en el manejo del eje combinatorio era en Belén Gopegui superior a su dominio del eje de la selección, y que ese desajuste ha ido poco a poco equilibrándose hasta hacer posibles obras excelentes, como este *Deseo de ser punk*, sobresaliente retrato psicológico de una adolescente para el que no hallo parangón en nuestra literatura narrativa de las últimas décadas. Escrita como una carta, confesión, confidencia o desahogo, la joven Martina va desgranando con sus palabras la situación desnortada, llena de vagas aspiraciones e incertidumbre en que se ve sumida una muchacha de dieciséis años que debe encontrar su lugar en el mundo, lo que ella resume en las primeras líneas de su escrito con una frase muy gráfica: “Tener dieciséis años y no tener música”. Y poco más adelante: “Creo que tener dieciséis años, llamarse Martina y no haber tenido música es un asqueroso desastre. Porque si la hubiera tenido sentiría que pertenezco a algún sitio, supongo” (pp. 13-14). No se trata del aprovecha-

miento de una imagen junguina, ni la música es sólo un símbolo de identificación personal, sino un campo de exploración de voces, melodías o ritmos en los que cada uno busca sentirse representado. También constituye una marca generacional. De ahí la actitud condescendiente y un tanto desdeñosa de Martina con respecto a la música de los Beatles (p. 92), o su afirmación de que Johnny Cash



MITXI

“es uno de los pocos cantantes en que coincidimos mis padres y yo” (p. 190). Martina se siente más afín a la música rock, y en especial a la que transmite mayor desarraigo y nihilismo, lo que explica su admiración por Iggy Pop —cuya fotografía ilustra la cubierta del libro— y su canción “Gimme danger”, y por canciones como “All the Young Dudes”, de Bowie, o por grabaciones como *Apetite for Destruction*, de Guns N’ Roses, y

Highway to Hell, de AC/DC.

Deseo de ser punk obliga inevitablemente a recordar un clásico de la literatura de rebeldía adolescente: *The Catcher in the Rye*, de J. D. Salinger, que, a la altura de 1951, se convirtió en la

ALGO PERSONAL

● **¿Qué le debe Martina a Holden Caulfield?**

– Martina y Holden son adolescentes y comparten la libertad de una voz no coartada por lo literario. En *Deseo de ser punk* hay menos vida interior, en el sentido de autocompasión con destellos de narcisismo, que en el libro de Salinger. Y si Holden quiere evitar que los niños caigan en el precipicio que hay al final del campo de centeno, son los adultos los que Martina a veces quiere evitar que caigan.

● **¿Para cuándo una novela con conciencia social sobre la crisis?**

–La crisis está dentro, no aparece y se irá con el viento cualquier día, es la matriz del capitalismo, el principio de realidad que legitima lo mezquino y que engendra a su contrario, igual que los mejores ataques generalizados, el comandante Giap lo sabía, son los que se disfrazan de retirada. En mis novelas trato de contarlo, buscando tonos y materiales que puedan hacer mella en un tiempo como el nuestro.

obra representativa de una generación. Belén Gopegui, que evoca la obra de Salinger en un par de ocasiones (pp. 35, 142) —sobre todo para subrayar su distancia con respecto a ella—, comparte con el novelista americano el relato en primera persona y también algunos elementos te-

máticos: las notas inesperadamente malas de Martina en el examen recuerdan el bajo rendimiento escolar de Holden Caulfield, y el afecto de éste por su hermana tiene su equivalente en la relación entre Martina y su amiga Vera. Pero lo cierto es que no hay muchas más analogías, entre otras razones porque entre Holden Caulfield y Martina ha transcurrido más de medio siglo, y ambos representan generaciones distintas en ámbitos coloquiales dispares. A pesar de haberse encerrado con una obra de “personaje único”, la autora deja sutilmente sugeridos los perfiles de otros —el padre de Martina y, sobre todo, el de Vera, ya fallecido, cuya ambigua atracción planea sin embargo sobre Martina— y maneja con extraordinaria maestría un lenguaje que, sin dejar de ser coloquial, ha sufrido un riguroso tratamiento artístico para no quedar reducido a una

burda reproducción magnetofónica. Este factor colabora decisivamente en la sensación de veracidad que transmite el personaje de Martina, una de las creaciones más sólidas y acabadas de la autora.

RICARDO SENABRE